

cimientos, suprimiría anécdotas estrictamente personales, y nunca se le ocurriría confesar que descubrió “que la creación literaria tiene más de humano que de divino”.

GUILLERMO LINERO
MONTES

“La vida es un chicote que se nos está acabando”

Poesía irreverente y burlesca

Rogelio Echavarría (comp.)

Editorial Planeta Colombiana, Bogotá, 1999, 241 págs.

Por fuera del ámbito del arte, la irreverencia define acciones de insolencia, desacato, ofensa, disfemismo, herejía, profanación, sacrilegio. Dentro de él, por el contrario, constituye la más tolerada de las formas de irrespeto con las cosas sagradas o solemnes, y la burla su más apreciada forma de expresión. No en vano existe el llamado género burlesco, que abriga las formas literarias dadas a la crítica o a la tergiversación de las obras literarias en las que se expresa, a través de la caricaturización o exageración ridícula de sus temas, personajes, argumentos o maneras. El género burlesco se manifiesta de manera natural como épica, cuando, por ejemplo, se eleva un tema trivial hasta la grandiosidad, y como cruda mofa cuando un tema serio se trata de modo frívolo. En este sentido no hay que confundir las maneras y objetivos del género burlesco con los de la parodia, que es una elemental imitación divertida de una obra determinada o de un autor específico, ni mucho menos con los de la *farsa*, que, siendo una pieza dramática, estrictamente busca despertar la risa. Aunque, con respecto a esto último, hay que tener en cuenta que el género burlesco surgió precisamente bajo las formas del teatro,

como se demuestra en las obras de los dramaturgos griegos Aristófanes y Eurípides, o, posteriormente, en el autor romano Plauto; y surgió también bajo las formas de la parodia (hoy, en literatura, se reconoce como una de las primeras muestras del uso del género burlesco al antiguo poema griego épico-burlesco *La batracomiomaquia* (Combate entre ranas y ratones) que parodia el estilo homérico.

De la misma manera se considera como el primer gran autor de sátiras al poeta Horacio, de quien otros escritores imitaron el estilo de sus obras. Su sátira acusaba la tendencia a degustar los límites, especialmente en materia sexual, o los comportamientos indelicados, pero lo hacía de manera refinada y serena, apuntada siempre con una sonrisa. De ahí el acentuado contraste entre él y su contemporáneo Juvenal, quien, en contadas sátiras en verso de humor cáustico, señala los vicios de la sociedad romana de su tiempo, comparándolos con la paz y honradez de los modos campesinos. Juvenal, denunció el asesinato, las prácticas sexuales extremas, el fraude, el perjurio, el robo, la gula, la lujuria, la avaricia y la adulación a los poderosos como pecados de igual gravedad.



Ya en el siglo VIII un bibliotecario que llegó a ser gobernador provincial, el poeta chino Bay Juyi (772-

864), consideraba que la literatura debía tener un propósito social, y utilizaba la sátira y el humor para criticar los defectos de la sociedad. Su poesía, sencilla como elegante, fue muy popular en su época y sigue gustando hoy en día.

En el siglo XIII surge la poesía galaico-portuguesa de corte trovadoresco durante el reinado de Alfonso III y alcanza su esplendor precisamente en el de su heredero Dionís, quien fuera además un excelente trovador. Los géneros desarrollados por entonces eran de tres tipos: las *cantigas de amor*, quejumbrosas canciones de amor de espíritu trovadoresco; las *cantigas de amigo*, canciones populares entonadas básicamente por mujeres, cargadas de sensualidad y todavía vigentes en la tradición folclórica oral, y las *cantigas de escarnio*, sátiras burlescas y difamatorias.

Igualmente en Inglaterra, en este mismo siglo, la conquista de Gales por el rey Eduardo I casi erradicó la tradición de los bardos. Sin embargo, se produjo una revitalización de la poesía con la obra de Dafydd ap Gwilym, el más importante de los poetas galeses y uno de los grandes poetas de la Europa medieval. Escribió de la naturaleza, la belleza y el amor con pasión y humor, y utilizó estrofas flexibles llamadas *cywydd*, que empleaban pareados de versos de siete sílabas que rimaban alternadamente.

Doscientos años después el culto a las buenas maneras, a la belleza y al refinamiento despertarían, además de un gran interés, una violenta reacción por parte de algunos autores italianos, como Teófilo Folengo, quien, en su épica burlesca *Baldo* (1517), lleva a cabo una parodia extremadamente ácida y, en ocasiones, incluso vulgar del mundo de la caballería y las letras. Escrita en latín macarrónico, una variedad cómica del latín erudito, constituye una despiadada sátira de las ideas y costumbres de su época, que inspiró, entre otros muchos, al escritor francés François Rabelais. Folengo no fue el único rebelde de la literatura del siglo XVI italiano, Junto a él se

puede colocar el no menos inconformista, aunque de mayor genio, Pietro Aretino, autor teatral y creador de libelos dotado de un fino ingenio, que consiguió, por medio de sus irreverentes obras, establecer un refrescante contrapeso a la refinada cultura de su tiempo. Su gran obra *Los razonamientos* (1532-1534) y los seis volúmenes de sus cartas (1537-1557) transmiten su ácido e irreverente punto de vista acerca de la sociedad y las costumbres de su época. De igual manera son ejemplares los trabajos de los poetas Luis de Góngora y Argote (1561-1627) y Francisco de Quevedo y Villegas (1580-1645), quienes escribieron las páginas burlescas y satíricas más brillantes y populares de la literatura española.

Un rico filón burlesco se encuentra también en la obra de Paul Scarron (1610-1660), escritor francés nacido en París y pionero de los géneros literarios del teatro, la épica burlesca y la novela cómica. Luego podría decirse que este filón fue desgastando lo ácido y lo punzante hasta descender al sentimentalismo, por ejemplo, de Ramón de Campoamor y Camposorio (1817-1901), poeta español que en sus composiciones cortas esgrime sentencias morales didácticas, cuyos temas narran pequeños dramas cotidianos y encierran un pensamiento filosófico estático. Ahora queda, en nuestro tiempo, una ola solitaria de textos literarios de humor estilizado, que aplica el intelecto (pienso en la poesía de Bukowski), abundante en datos autobiográficos, personalísima y plena de un humor ácido y desencantado; y un mar de poemillas que la ahoga, de coplas, redondillas, piqueñas..., en fin, de válidas expresiones provincianas que sumadas configuran países ocultos que se ríen de sí mismos, como se ríe Colombia de sí misma en los textos de esta antología de *Poesía irreverente y burlesca*, seleccionada por el poeta Rogelio Echavarría.

Juan de Castellanos (1522-1607), Francisco Ignacio Mejía (1753-1819), Miguel Antonio Caro (1843-1909) y Manuel Mejía Vallejo (1923-

1998), para citar apenas uno por siglo, forman parte, entre muchos poetas —lo supernumerario constituye el sello personal del antólogo— y literatos colombianos o españoles cuyos textos fueron producidos en nuestro país.

De ella adelantamos esta pequeña prueba que, como dice el poeta refiriéndose a la totalidad de la antología: “Es una muestra, sin segunda intención, de la tradicional gracia idiomática de nuestro pueblo, que divertirá no sólo a quienes gozan de la poesía sino a quienes no saben leerla”.

NO, GRACIAS

*Pienso cuando estoy fumando
que todos vamos al trote,
que la vida es un chicote
que se nos está acabando.*

Si en el momento nefando

Dios me llega a preguntar:

—¿Quiere usted resucitar?,

le diré echándole el humo:

*—Mil gracias, Señor, no fumo,
porque acabo de botar.*

[De Eduardo Ortega (1868-1908)]

GUILLERMO LINERO
MONTES

Talento y facilismo

Apuntes de errancia

Cristina Toro

Ediciones La Pluma del Águila,
Medellín, 2000, 84 págs.

La humedad del fuego

Cristina Toro

Ediciones La Pluma del Águila,
Medellín, 2001, 47 págs.

De acuerdo con uno de mis diccionarios, poesía se define así: arte de hacer versos o carácter de lo que eleva el alma, y por poeta se entiende aquel o aquella que escribe en verso o está dotado de imaginación poética... Parto de una definición que, aunque no me parece ni la más

exhaustiva, ni la más filosófica, ni la más moderna, ni la más elaborada, al menos da una idea de qué es de lo que se habla cuando se dice que alguien hace poesía o es poeta, sobre todo en la segunda acepción; esto es, cuando se plantea que poesía es lo que eleva el alma. Por alma, aclaro, no tenemos que entender necesariamente lo que los cristianos entienden por alma (ese receptáculo de los pecados o esa especie de herramienta para comunicarnos con Dios), sino que podemos ser un poco más amplios y recurrir a los griegos: alma podría ser, en ese sentido, el aspecto del ser que dice relación con todo aquello que no es físico y que nos permite sentir y dar amor, guardar improntas, sacarlas a relucir, disfrutar de la estética, sentir las emociones... en pocas palabras, quiero que alma se entienda, en este contexto, como lo que nuestros amigos griegos llamaban *psique*.



Después de este breve alegato, explico por qué decidí empezar por una definición de lo que es poesía: porque si no lo hago, siento que por poesía muchas veces se toma cualquier escrito cuyas líneas no vayan de margen a margen de la página o cuya puntuación no sea convencional... Una anécdota que ilustra mi afirmación... Por las épocas en que estudiaba en la Universidad de Antioquia, de un momento a otro, se puso de moda el *haiku* o *haikai*,